

CRITICA DE ARTE

María Pérez Mateo

mariaperezmateo@hotmail.com

Complicidad de colores y quejas

Recurrir a Juan Ramón Jiménez genera sospecha. Devoción. Facilidad. También sinceridad. Juan Ramón es pura sensibilidad. Sonora en silencios. También palabra íntima, desnuda. Palabra justa. Palabra, y cito textualmente a Sánchez Barbudo: "Con un sabio toque de pincel para así reproducir con hondura lo visto, estilizado, atendiendo a la esencia, al alma de la cosa que ve". Alcanzarle, tocarle o aproximarse no es cuestión cómoda. Menos baladí. Respirar su atmósfera es un mágico ejercicio de capacidad. Como comprenderán, no es sencillo ser juanramoniano. Imposible, Juan Ramón.

Días atrás asistí con renovadas ilusiones a la muestra de Pedro Rodríguez en la Fundación Caja Rural del Sur, en Huelva, que acaba hoy. Y, desaconsejando mi criterio de análisis y pulcritud social, acudí en momento de inauguración. Había público. Había amistad. Había sin haber, pues así es el primor y la elegancia que regala este magnífico artista, la rotunda presencia de la naturalidad pintada de este moguereno impregnado de Moguer. No es un juego de palabra lo que quiero anotar con "moguereno de Moguer", sino concluir que lo que de Juan Ramón lleva no es sólo por seguirlo en la infinitud del querer y amar a una obra perfecta, sino por saber transmitir lo que Juan Ramón fue capaz de abreviar en la exactitud de su palabra: Moguer. Pedro Rodríguez no lleva a la traducción o a la paráfrasis a Juan Ramón, porta Moguer, porta lo que Juan Ramón esenció y lo dignifica en la originalidad y en la religiosidad de una palabra pintada que es suya, solo suya. Y de Moguer también.

TINTES ESTÉTICOS

Cada año que pasa Rodríguez es más pintor hacia dentro, lejos ya de círculos y consejos

Esta matización deviene tras analizar los discursos y las palabras de admiración que se dijeron esa noche. Todas coincidían y desembocaban en la majestad y desemboaban en la majestad suprema de Juan Ramón. Y puede ser cierto, pero no me negarán que tras ver y admirar "lo suficiente" los médanos de las playas de Castilla, las vistas generales de Nuestra Señora de la Granada o los lirios de la mañana y las granadas febriles, esa sencillez es toda de Moguer, como Moguer es casi todo Juan Ramón Jiménez.

Otro moguereno de Moguer, Francisco Garfias, teñido de



Exposición de la obra del pintor moguereno Pedro Rodríguez.

JOSUÉ CORREA

esencias juanramonianas, refería con autoridad en el prólogo a su *Primeros Libros de Poesía*, la "algarabía de colores y quejas" de algunos versos de JRJ. Buceando en la obra plástica del poeta, es cierto que el color inquiera la confusión para representar la verdad pintada, su verdad poética. A Pedro Rodríguez no le interesa la algarabía, pues no vive en ella, no la necesita. Su algarabía es la quietud, la ataraxia. Su mundo es la placidez donde el color reina sin llamar la atención, donde las formas se despliegan para interiorizarse en el espectador. En cambio, la queja se está posando por entre las tierras quebradas de los médanos, la sangre del cielo del atardecer de Moguer, las botellas vacías de alcohol, las granadas estallantes de fuego y la sensualidad íntima de los lirios.

Cada año que pasa Pedro Rodríguez es más pintor hacia dentro, lejos ya de círculos y consejos, de admiradores y aduladores. Tan dentro, tan suficiente, tan sintético, tan él como en él, que parece que nada le importa sino la felicidad del instante, del pellizco efímero con tintes humanos y estéticos. La busca para olvidar, mas no siempre la encuentra. Su pintura se ha vaciado en la suficiencia de lo exacto, en la deter-



Una visitante observa los detalles de uno de los cuadros de la muestra.

JOSUÉ CORREA

minación de un color que describe formas que despiertan suspiros y preocupaciones. Hay algo que es tanto en su obra última que el lamento se manifiesta por doquier. Hay algo en Pedro Rodríguez que anhela la tranquilidad, el estado de sosiego, como si escudriñara sin consuelo el "descanso de caminos" para alcanzar la armonía, la plenitud y decir, como el Moguer del moguereno universal, "desde entonces ¡qué

paz! / no tiendo ya hacia fuera / mis manos. Lo infinito / está dentro. Yo soy / el horizonte recogido. / Ella, Poesía, Amor, el centro / Indudable".

Pedro Rodríguez es ya una referencia obligada en la pintura onubense y andaluza. Las referencias se cincelan cuando una obra es ya madurez y cuando esa obra invita a otros artistas. Hoy Pedro Rodríguez nos ha dado una nueva lección de elegancia y de maestría en

las paredes de la Fundación Caja Rural del Sur. Hoy Pedro Rodríguez ha sentenciado una vez más, como su admirado Juan Ramón Jiménez, que "venía sólo a no acabar, / a perseguir en sí toda la luz, / a iluminar en sí toda la vida / con forma verdadera y suficiente".

Si su obra no es verdadera y suficiente, la que escribe acaba. Pedro Rodríguez, sencillamente verdadero y suficiente.